

También se recogen materiales suficientes para quienes deseen predicar elaborando por sí mismos los esquemas de meditaciones y homilias.

La inserción de los prefacios en las fiestas, solemnidades y tiempos fuertes, así como la oración colecta permiten que quienes pretendan hacer oración puedan «introducirse» en el sentido litúrgico que se conmemora. Las oraciones colectas que condensan la intención eclesial de lo que se está celebrando y los prefacios que explican el significado del misterio eucarístico pertinente e introducen en su clímax, resultan elementos adecuados para dar tono litúrgico al cometido orante de los lectores.

En definitiva, «El rostro de Cristo» cumple sobradamente el propósito de sus autores declarado en el prólogo: «ofrecemos nuestro trabajo como humilde aportación a la celebración del Gran Jubileo del año 2.000. Haciéndonos eco de las palabras del santo Padre: “La Iglesia, en todas las partes de la tierra, debe permanecer firme en su testimonio y defender celosamente (la memoria de los santos). Que el Pueblo de Dios, fortalecido en su fe por el ejemplo de estos auténticos paladines de todas las edades, lenguas y naciones, cruce con confianza el umbral del tercer milenio”» (IM, 13, cit. por los autores en p. 12 del Vol. I).

Esta obra concebida alrededor del evento jubilar, trasciende las coordinadas circunstanciales y pienso que llegará a constituir un clásico del género tanto por su calidad y acierto en la selección de los textos útiles y profundos para el predicador y cualquier creyente que desee basar su oración en la liturgia y la hagiografía, y como por su accesibilidad al gran público que puede hacer una lectura provechosa desde distintos

niveles de formación y cultura. Finalmente, merece destacarse que la presentación tipográfica es clara, sencilla, y pulcra.

Rafael Hernández Urigüen

Anselm GRÜN, Meinrad DUFNER, *Una espiritualidad desde abajo. El diálogo con Dios desde el fondo de la persona*, ed. Narcea, Madrid 2000, 135 pp., 13,5 x 21, ISBN 84-277-1337-1.

Este breve ensayo parte de una clasificación de las corrientes de espiritualidad en dos modelos: espiritualidad desde arriba y una espiritualidad desde abajo. La primera parte de la cumbre de un ideal que el sujeto debe alcanzar, concebida a partir de la Sagrada Escritura y el magisterio de la Iglesia principalmente, que se concretaría en una ascética de la superación que estaría presente en las concepciones morales y espirituales de los últimos tres siglos. Corre el riesgo —señalan los autores— de dividir internamente al sujeto cuando su realidad interior no se acopla al ideal buscado.

En cambio, la espiritualidad desde abajo afirma que «Dios habla en la Biblia y por la Iglesia pero también nos habla por nosotros mismos a través de nuestros pensamientos y sentimientos, por nuestro cuerpo, por nuestros sueños, hasta por nuestras mismas heridas y presuntas flaquezas» (p. 7). Es una espiritualidad que, inspirada en la práctica de los antiguos monjes, busca el encuentro con Dios descendiendo a la experiencia de la propia impotencia y fracaso «considerados como lugar de oración auténtica y como oportunidad de crear un nuevo etilo de relaciones personales con Dios» (p. 12).

En la primera parte de la obra se propone una justificación de esta espiritualidad a partir de textos bíblicos, la tradición monástica y con atención especial a los aspectos psicológicos. En la segunda parte, se ofrece un esquema de lo que debe ser una espiritualidad desde abajo, en el que trata de cuestiones como el diálogo con los pensamientos y sentimientos, con las enfermedades, traumas, experiencia de fracaso, etc. La idea de fondo que subyace es la importancia de la humildad, del conocimiento y aceptación personal de las propias debilidades y en la necesidad de apoyarse en Dios, en vez del esfuerzo ascético de autoperfeccionamiento. No obstante, a veces se tiene la impresión de una contraposición excesiva entre ambos aspectos. En esta línea, las breves páginas que se dedican al diálogo con los impulsos (pp. 83-86), no evitan la sensación de una cierta ambigüedad acerca de su valoración moral. Asimismo, se hubiera agradecido una mayor atención al papel de los sacramentos y de las virtudes morales.

En todo caso, el lector de la presente obra encuentra en su lectura un enfoque de la vida espiritual que le puede proporcionar temas para la reflexión y profundización personales.

Juan Francisco Pozo

Romano GUARDINI, *Cartas sobre la formación de sí mismo*, Palabra, Madrid 2000, 189 pp., 13 x 21, ISBN 84-8239-488-6.

Los horrores de la Primera Guerra Mundial manifestaron la fragilidad de las raíces de la cultura en las sociedades desarrolladas y la debilidad de las conciencias particulares. Y la posguerra, con sus resacas, hizo sentir más viva-

mente las carencias: a unos les llevó hacia la desesperación existencialista, a otros a la frivolidad de los felices años veinte, a otros al extremismo totalitario o revolucionario, y entre los cristianos, se sintió la urgencia de renovación. En particular, se deseaba, para las nuevas generaciones, una formación intelectual, humana y doctrinal, mucho más integral y coherente. Con ese objeto, se desarrollaron en Alemania varios movimientos juveniles de inspiración cristiana. Guardini, sensible a estas preocupaciones, se incorporó a uno de ellos (Quicborn) y le dedicó las mejores energías de aquellos años. En aquel momento, estaba ya plenamente orientado al esfuerzo de revitalizar la vida cristiana: se esforzaba en su apostolado con gente joven, participaba en el movimiento de renovación litúrgica, y, desde sus primeros pasos en la docencia, intentaba presentar la doctrina de forma que pudiera inspirar la vida diaria.

Todo esto se refleja en esta colección de cartas, escritas entre los años 1921 y 1924, para los boletines del movimiento Quicborn y publicadas con ligeros retoques en 1930. No por casualidad, la primera es una invitación a la alegría, que debe ser el tono fundamental de la vida cristiana y tiene su fundamento en la relación con Dios. Sigue la sinceridad, aceptada como norma profunda de la vida; y otros rasgos de personalidad que forjan la madurez de una existencia cristiana, como la hospitalidad, el espíritu de oración, la elegancia del trato, la capacidad de esforzarse y de trabajar a fondo... Guardini enseña a lograr el silencio interior, la serenidad en la vida, el amor a la voluntad de Dios, las disposiciones de entrega a los demás y la austeridad consigo mismo. Todo ello con un estilo claro, acogedor y positivo. Aunque, en una primera